

sus alumnos un análisis textual más real y completo que el de la gramática tradicional y para todos aquellos dispuestos a indagar en la Lingüística y el Análisis del discurso. La exposición esquemática y ordenada y el empleo de una terminología clara y sistemática, alejándose de lo que aún es especulativo o discutido en la Lingüística hacen de esta obra un manual de fácil lectura y comprensión.

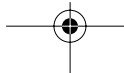
María Inmaculada Fernández Barjola
Universidad de Navarra

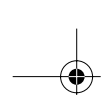
MORENO, Antonio. *Los espejos del domingo*. Sevilla: Renacimiento, 2004. 240 pp. (ISBN: 8484721833).

Antonio Moreno (Alicante, 1964) es una de las voces más interesantes que en los últimos años han venido cantando desde los márgenes de la oficialidad literaria. Prosista de finísima percepción (*Alrededores*, *Partes de un todo*), autor de diarios (*Mundo menor*), traductor ocasional (*Primer llibre de èglogues*, de Vicent Andrés Estellés) y, sobre todo, excelente poeta (*Visión del humo*, *Metafísicas*, *Polvareda*), el suyo es el empeño de buscar en lo cotidiano un anuncio de trascendencia o, al contrario, la constatación de un vacío que sólo colma la palabra. En *Los espejos del domingo* se une a esta personalidad múltiple una nueva faceta —la de filólogo y profesor— que no pretende ahogar las demás: el prólogo deja bien clara la prevención del autor contra los libros de crítica académica, “a menudo gravados de estéril letra” y define el libro como una recopilación de “lecturas” personales, ajenas a la disciplina de toda metodología científica, pero con el saber de un lector pausado y la intuición meditada de un poeta.

Estas lecturas son diez. La primera, que da título al libro, consiste en un estudio del domingo como *topos* moderno: desde el Día del Señor como “reencuentro con la sacralidad” hasta “el testimonio de su solitaria vanidad”. ¿Los textos? Los de algunos modernistas, Gabriel Miró, Juan Gil-Albert, Ángel González, Jaime Gil de Biedma, Fernando Ortiz... Entre la melancolía y la hipocondría, la recreación hodierna de este tópico aparecería como indicio de la “nostalgia del absoluto” que aqueja al hombre contemporáneo: frente a la fiesta como comunión, la soledad de un hiriente aislamiento; frente al recordatorio de un sentido, la rutina del vacío. No obstante, Moreno advierte que la teología no es la única causa del “tedio dominical”: existen también explicaciones políticas, filosóficas o económicas, pero todas invariablemente desembocan en aquella inanidad dominical que Sánchez Ferlosio supo retratar en *El Jarama*. Una observación perspicaz y sumamente oportuna que aporta una clave visible de la sensibilidad moderna.

Algunos de los estudios incluidos tienen por tema las obsesiones o preferencias del autor. Por ejemplo, “Leopardi, la vida solitaria”, que abunda en el tratamiento de una figura al que el Moreno poeta ya había homenajeado con devoción en “Viaje a Recanati” (recogido en *Metafísicas*). De hecho, Moreno no hace sino sumarse a la





ingente nómina de los que en los últimos años han mostrado su aprecio por el poeta italiano, tan admirado por Unamuno y Cernuda en su día: Antonio Colinas, Eloy Sánchez Rosillo, Vicente Gallego, José Rubio, Andrés Trapiello o Aquilino Duque, por sólo citar algunos, se han aproximado a la figura de Leopardi desde la biografía, el estudio, la traducción o el poema. La lectura que propone Moreno es la del personaje que se forja su ucronía: la nostalgia por el pasado de Leopardi ocultaría el rechazo de lo moderno de un ser caído de la nada, lo que a juicio de Moreno emparenta el latinismo del poeta con el helenismo de Hölderlin y Keats. La doble visión de la naturaleza –la voz elegíaca que subyace al bucolismo– y el tema romántico de las ruinas vendrían a subrayar la imposibilidad de regresar a Arcadia y la impotencia ontológica del hombre moderno.

Otros estudios revelan el paisaje –físico, humano y literario– al que pertenece Moreno. “La pureza del arquetipo” estudia la poesía de su amigo el murciano Eloy Sánchez Rosillo con acierto y concisión. La soledad como espacio vital, la epifanía como relación privilegiada e impredecible con la realidad y la atenta espera como actitud del poeta definirían la voz de Sánchez Rosillo y su fe en la escritura. “La elegía de José Luis Parra, entre el malditismo y la tradición barroca” contempla el tratamiento del tema de la muerte, anunciada en el decaimiento físico y el fracaso existencial, en un valenciano de adopción. Y “El sentido de la fidelidad en Juan Gil-Albert” analiza con lucidez el trasfondo de uno de los maestros levantinos que mejor han cantado ese hedonismo vital mediterráneo ya previsto en Miró, por ejemplo, y tan presente después en Brines, Gallego o Marzal: Gil-Albert sería el poeta “de la utopía realizada”, aquel donde no existe concepto de pecado, en una concepción edénica del mundo que devuelve a la existencia como hecho primordialmente material una bondad de la que la inteligencia humana ha quedado desterrada.

Por fin, otros estudios tienen por objeto a poetas ya clásicos, más o menos canónicos o merecedores de una oportuna vindicación. “Dos notas acerca de *La realidad y el deseo*” muestra cómo la actitud acrítica de mucha crítica puede partir de una declaración puntual hasta desfigurar el texto: el conocido juicio de Paz de que Cernuda era “el menos cristiano de los poetas españoles” habría llevado a algunos a convertir al sevillano en “una especie de Cavafis andaluz”, desoyendo el teísmo unamuniano y agónico, de signo claramente cristiano, que aparece en el Cernuda de los años cuarenta. “Paisaje y naturaleza en la poesía de García Lorca” revisa el legendario primitivismo de Lorca proclamado por José Luis Cano y otros como explicación única de su percepción de la naturaleza: junto con esa naturaleza mágica y mítica de *Romancero gitano*, en la que la antropomorfización del elemento natural lo convierte en partícipe del drama (el Lorca más característico, común al de su teatro trágico), habría otro Lorca en cuyos libros de formación –*Impresiones y paisajes*, *Libro de poemas*– sería aún perceptible un “subjetivismo decimonónico”, una pasividad de signo modernista que contrasta con la “energía en actividad permanente” del Lorca posterior. “El caminante y el muro: César Simón” resume en apenas tres páginas el universo de este poeta de reconocimiento tardío, su punto de partida postro-





mántico y su escritura como “el territorio donde una conciencia despojada de todo lo adventicio escucha y sondea la nada. Una nada paradójica, porque en su vacío hay algo que en ocasiones puede intuirse”. “La “Canción del ensimismado en el puente de Brooklyn, un descenso al Hades” estudia el alucinado viaje por la memoria del conocido poema de José Hierro, mientras que “La poesía de Ángel González, una viva historia” sitúa la obra del poeta asturiano dentro de la preocupación existencial más que de la social: ironía, descreimiento, apego a lo concreto como única salvación posible contra el nihilismo, antipoesía como actitud retórica consiguiente.

Puede decirse que *Los espejos del domingo* contiene una lectura compendiada de la poesía española del siglo xx. Están aquí representados el modernismo, el 27, el 36, la generación de los cincuenta... Faltan tal vez los novísimos, de cuya generación se han seleccionado precisamente los casos “no-novísimos”, como Parra o Sánchez Rosillo. Sin pretensión académica alguna y ajeno a (casi) todo aparato crítico, el discurso de *Los espejos del domingo* tiene el interés de ofrecer un puñado de intuiciones sumamente perspicaces y de dejar entrever ese lector interesado que vertebrata la diversidad aparentemente invertebrada de estas lecturas. Si Eliot decía que todo poeta debe ser también un crítico, el libro de Antonio Moreno posee la virtud de mostrar el discernimiento del que es capaz el crítico con alma de poeta (y de uno muy particular: quien conozca la poesía de Moreno comprende por qué pueden atraerle la epifanía de Sánchez Rosillo, el amor a la materia de Gil-Albert, la percepción de la existencia como decadencia en Parra o la tentación del nihilismo de González). Desde el criterio de que “el lirismo no es descriptible, pero sí la retórica”, Moreno transita por este puñado de lecturas predilectas sin el gesto profesoral del ensayo filológico.

Gabriel Insausti
Universidad de Navarra

ARMON, Shifra. *Picking Wedlock: Women and the Courtship Novel in Spain*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, 2002. xvi + 231 pp. (ISBN: 0-7425-0773-4)

El título de esta obra tiene doble sentido: *Picking Wedlock* significa a la vez “escoger el estado del matrimonio” y “romper el candado que encierra a la pareja casada”. Quizás podría aludir además a la decisión de tres autoras femeninas durante el reinado de Felipe IV (1621-1665) que escogieron un subgénero literario bastante específico como vehículo para desarrollar sus ideas sobre el cortejo, o sea el proceso de enamoramiento que precede al casamiento. Estas tres autoras, María de Zayas, Mariana de Carvajal y Leonor de Meneses nunca se han estudiado agrupadas antes. Como primer ensayo sobre este tema, y valiosa contribución al debate sobre este subgénero literario, este libro merece mucha atención y estima.

La autora empieza con una polémica sobre la terminología. Arguye que el término “novela cortesana” es inapropiado para describir este subgénero literario por

